

## MÉXICO Y EL GOBIERNO DE LÓPEZ OBRADOR. DESAFÍOS POLÍTICOS Y ECONÓMICOS.

José Valenzuela Feijóo.<sup>1</sup>

*“Aquel que quiere obrar correctamente,  
debe servirse de la herramienta apropiada.”*

*Goethe, Fausto.*

*“¡Atreveos! Esta palabra encierra toda la política  
de nuestra revolución”.*

*Saint-Just.*

### I.- Propósitos.

El futuro gobierno de AMLO, debería suponer cambios de orden mayor, que provoquen el paso desde el actual modelo neoliberal a otro patrón de acumulación, con un contenido democrático, nacional y popular. Esto, preservando la matriz capitalista del sistema. Este cambio, implica aspectos económicos, políticos e ideológicos, cuyo entramado es bastante complejo. En lo que sigue, haremos primero un breve alcance sobre los aspectos políticos e ideológicos que pueden enmarcar el proceso que empieza. Luego, en términos muy sinópticos, comentaremos algunos aspectos económicos (no todos) que suponemos centrales.

Una aproximación muy esquemática (máxime en un tema que es muy complejo) es peligrosa. Pero como el espacio es corto, asumimos el riesgo de los posibles malentendidos.

### II.- La dimensión política: breve alcance.

El triunfo electoral de López Obrador se ha calificado como un real maremoto. ¿Por qué la derrota de la derecha neoliberal? Uno: tal derecha se presentó dividida, eligió candidatos mediocres (“sin pegue”) y, entre ellos, polemizaron con alguna rispidez. Dos: el enojo de la población con la corrupción, la violencia y la miseria, llegó a niveles altos. Tres: AMLO fue capaz de encarnar a ese sentimiento o indignación y de mostrarse como una persona honrada, cercana a “los de abajo” y ajena a la “mafia del poder”. A la vez, logró, en algún grado, neutralizar el impacto de la dictadura mediática imperante. En cuanto a las consecuencias del maremoto, hay un punto a subrayar: la clase dominante emerge con representaciones políticas casi inexistentes, derrumbadas y deshechas. Muy probablemente, las elecciones del 1 de julio, marquen el ocaso definitivo del PRI como fuerza política significativa. En cuanto al PAN, está escindido en grupos irreconciliables y electoralmente padece de anemia aguda. Por lo mismo, el gran empresariado –por un tiempo no corto– deberá intervenir de *modo directo y visible* en el conflicto político. En breve, las

---

<sup>1</sup> UAM-I.

organizaciones políticas que hasta ahora lo habían representado, se han transformado en enfermos terminales.<sup>2</sup>

La tremenda votación (53%), lograda por AMLO, le ha proporcionado una fuerte legitimidad inicial.<sup>3</sup> Y hasta palabras de “buena educación”. Pero la lucha por lo que se viene ya ha empezado. El desafío central es claro: ¿será capaz el nuevo gobierno de reemplazar al actual modelo neoliberal por otro patrón de acumulación, capitalista, demopopular, impulsor del desarrollo industrial y más volcado a los mercados internos?

Este conflicto, entre las fuerzas neoliberales y las que buscan un patrón de acumulación de reemplazo (como el esbozado), se resolverá, como todos los conflictos, de acuerdo a la correlación de fuerzas, nacional e internacional, entre ambos bandos. El bloque en el poder neoliberal está integrado por la gran burguesía financiera (nacional y extranjera), por el gran capital exportador (extranjero y nacional) y por los grandes monopolios que operan en el sector de no transables. Este bloque, integrado por 400 o menos familias, controla los medios masivos de comunicación (ejerce la “dictadura mediática”) y al actual aparato estatal (sector judicial y militar-policial). Son pocos, pero manejan un tremendo poder. Y funcionan con nulo respeto a los valores democráticos más elementales.

Por el lado del bloque popular, habría que señalar: la tremenda votación que logra López Obrador, expresa una gran indignación contra la corrupción, contra la inseguridad y la violencia, contra la miseria extendida. Y por supuesto, la gran capacidad de AMLO para recoger y sintetizar tal estado de ánimo. También importa indicar: la indignación, en alto porcentaje, no va acompañada por una alta conciencia política y de clase. Por lo mismo, el movimiento es más bien espontáneo, orgánicamente débil y, por lo mismo, con una fuerza política que no se condice con su masividad. En breve, fuerza electoral no es sinónimo de fuerza política.<sup>4</sup> La primera ayuda y legítima a la segunda, pero no son idénticas ni hay conversión automática de la primera en la segunda. Fuerza política significa *poder*, capacidad para determinar la conducta de otros, incluso contra la voluntad de esos otros. Y como el poder está concentrado en el aparato estatal, en política tal es el objetivo primordial: llegar al control del Estado, desplazando a los que hasta hoy, lo han controlado. Algo que exige, a su vez, de una gran fuerza política: sólida organización y alta conciencia de clase. Rasgos que están muy subdesarrollados en el movimiento lópez-obradorista. Indiquemos dos déficits que son fácilmente reconocibles: 1) los trabajadores que operan en los grandes centros industriales (petróleos, acero, etc.) en alto grado están sometidos a sindicatos charros. Y se comprende que, sin esa fuerza obrera, el movimiento popular pasa

---

<sup>2</sup> Por ahora, aparecen como únicos voceros de la derecha los “opinólogos”, periodistas con alguna formación universitaria elemental, que posan de “académicos neutrales” y de representantes de la “sociedad civil”. También andan atragantados y faltos de línea. Sólo saben clamar por un “poder de contrapeso”. O sea, piden lo que nunca antes concedieron.

<sup>3</sup> Observadores estadounidenses han señalado que la elección presidencial no estuvo exenta de los usuales fraudes. Estiman que entre un 4 a 6% de la votación a favor de AMLO le fue escamoteada. O sea, AMLO habría tenido una votación efectiva que se acercaría al 60%.

<sup>4</sup> Es significativo que luego de las elecciones, mientras AMLO despliega una gran actividad y conversa y discute con los grandes empresarios (ofreciendo concesiones nada menores), no tiene ninguna reunión con las grandes agrupaciones de trabajadores. Asimismo, se observa que el partido MORENA ha entrado en una especie de silencio sepulcral. Pareciera que, si no hay elecciones, pierde su razón de ser.

a cojear gravemente; 2) las capas medias, hoy favorables a AMLO, son tremendamente volubles. Sobremanera en sus capas más pauperizadas, pueden moverse desde la ultra izquierda (más rabiosa que racional) hasta la derecha de corte fascista.

En términos muy gruesos, existe la impresión de que, durante su campaña, AMLO ha ido reduciendo los componentes heterodoxos y de cambio estructural. Y que ha ido enarbolando (¿o asimilando?) algunos elementos claves del credo neoliberal. Pudiera ser una táctica de campaña para suavizar los ataques mediáticos. Esta tendencia, luego de las elecciones se ha mantenido. Inclusive, los dirigentes de su “equipo económico” son personas que comparten, en lo fundamental, las tesis neoliberales. Se podría pensar que ya instalado, legalmente, en la presidencia, se retomará el programa progresista. ¿Pero es posible tal redirección? Lo que pudiera ser más factible es que, durante la Presidencia, luego de una corta “luna de miel”, empiecen a brotar fricciones entre el “equipo económico” (de seguro apoyado por los grandes empresarios y los grandes medios) y los grupos políticos más ligados al pueblo raso. Grupos que, en lo general, suelen estar ayunos de una teoría económica crítica y, en general, de toda teoría radical. En suma, lo que pudiera ser la “izquierda” del movimiento, funciona con más corazón que cerebro.

En un primer momento, de seguro se vivirá un ambiente conmovedor, de fiesta, de bailes y cantos, de gran alegría popular. Los de abajo, se sentirán –después de muy largos años- tomados en cuenta. Tendrán la sensación de haber recuperado su dignidad. A la vez, desde el primer minuto se iniciará una lucha áspera, a veces no visible, en otras explícita. Por un lado, la cúpula del poder, con todas sus fuerzas y medios tirará del eje político hacia la derecha. Lo cual, implica que el nuevo gobierno se somete, en lo medular, a los criterios neoliberales. Por el otro, los sectores populares, con cargo a sus intuiciones y conciencia política, empujando el eje hacia el otro lado, hacia la izquierda. Como en el juego de “las vencidas”, de la fuerza e inteligencia de los rivales, dependerá si se mantiene o desahucia al modelo neoliberal. De seguro, ésta será la *contradicción principal del período*.

De la derecha, cabe esperar que busque asediar y acorralar al nuevo gobierno. La presumible estrategia sería la denominada “golpe blanco”. Esta estrategia implica asediar sin pausas y poner contra la pared al nuevo gobierno, bloquear sus iniciativas y obligarlo a asumir tareas neoliberales. Para el caso, incluso se amenaza con un posible golpe de Estado militar. Si el “golpe blanco” funciona, las políticas y medidas progresistas desaparecen. Y las que se ejecutan, son las de tipo neoliberal.<sup>5</sup> Con ello, la cúpula neoliberal saca las castañas con la mano del gato. El nuevo gobierno se distancia y frustra a los sectores populares. Y se desprestigia al programa y a los políticos progresistas. Al cabo, el pueblo puede terminar con un escepticismo profundo que lo puede llevar a alejarse de la política. O sea, le deja libre el campo de juego a la extrema derecha. En todo esto, el papel del narco (muy imbricado con los partidos políticos que serán ahora de oposición) puede ser decisivo. Este es un problema muy complejo y no será nada fácil de resolver o por lo menos aplacar.

Ciertamente, tal ruta –la del “golpe blanco”- no es fatal. Ante el embate de la derecha neoliberal, la propuesta en favor de desahuciar el estilo neoliberal sólo podrá

---

<sup>5</sup> La justificación siempre se repite: “hay que ser realistas”, la “correlación de fuerzas no daba para más”, “no podíamos arriesgar un golpe de Estado”. Lo que nunca se explica es por qué no se tomaron medidas para mejorar esa correlación.

triunfar si se logra desarrollar una sólida lucha popular. Lo cual, implica: a) avanzar hacia una organización política sólida, enraizada en la clase obrera industrial y que se construya, en lo básico, a nivel de los grandes centros de trabajo. Hasta ahora, la ruta que se ha privilegiado es la electoral, lo que en sus términos puede ser justo. Pero si de fuerza política se trata, la lucha debe desplazarse hacia otros carriles, a *crear fuerza en los centros de trabajo* (por ejemplo, probar con el impulso a posibles Consejos Obreros). En este ámbito, resultará clave la lucha por desplazar completamente a los dirigentes sindicales corruptos (“charros”) del control que hoy ejercen en industrias claves (como la petrolera). Asimismo, los trabajadores organizados deben estar alertas para rechazar cualquier intento golpista; b) en estricta concordancia con la lucha política a desplegar, deben impulsarse grandes saltos en la conciencia política de los sectores populares. Debe aquí subrayarse: en la lucha clasista, la pura indignación no basta. Ciertamente que sin ella nada se puede hacer. Pero la rabia (que a veces se traduce en “infantilismos de izquierda”) debe avanzar a la clarividencia, a un descontento racionalmente canalizado.

Existe otro aspecto decisivo al cual por lo menos conviene aludir. Como ya se dijo, el programa de AMLO es demo-burgués: no pretende ir más allá del capitalismo. La clase obrera, entretanto, si recordamos su situación objetiva y los intereses que de ella se desprenden, debe aspirar a superar el capitalismo (en cualesquiera de sus modalidades) y, en consecuencia, apuntar al socialismo. Pero este logro no se cumple con sólo buenos deseos. Y hoy, la clase obrera mexicana está a años luz de poseer las capacidades que exige dicha meta. En consecuencia, buscando avanzar a su independencia política (que hoy no posee) y a la obtención de un mínimo de capacidad crítica (que hoy tampoco posee) *debe apoyar* al proyecto demo-burgués. Y hacerlo para avanzar en el logro de esa capacidad crítica e independencia política, las que son condiciones imprescindibles para su ulterior fortalecimiento. Se debe subrayar: *apoyo no es sumisión*.

En este contexto, debe apuntarse: en el cumplimiento de sus metas y propósitos básicos, la experiencia histórica conocida señala muy claramente que la burguesía nacional es vacilante y muy propensa a inclinarse ante el poder establecido. Pero si existe un movimiento obrero fuerte y lúcido, capaz de empujarla, es probable que sea menos vacilante y menos propensa a arreglos vergonzantes con el poder establecido. Es decir, con la llamada “mafia del poder”. Todo lo cual, reafirma la urgencia de desarrollar un sólido frente de trabajadores, algo que hoy no existe. Pero que el triunfo de AMLO, debería generar condiciones que lo tornen bastante más factible. En lo mencionado, subyace un problema clásico que conviene remarcar.

En no pocas ocasiones, la burguesía progresista llega a tener una clara conciencia sobre la importancia de una clase obrera fuerte y bien organizada. Esto, para sus propósitos de derrotar cabalmente al bloque de poder vigente.<sup>6</sup> No obstante, no es capaz de apoyar al desarrollo político de la clase obrera. ¿Por qué esta actitud que, a primera vista, pareciera irracional e inconsecuente? La respuesta es conocida: la burguesía progresista también percibe que una clase obrera fuerte puede empujar al movimiento bastante más allá de lo

---

<sup>6</sup> En diversos lugares y circunstancias históricas, el bloque de poder puede estar dominado por los terratenientes feudales, por la potencia imperial dominante, por la burguesía intermediaria, por la gran burguesía financiera, etc.

que la burguesía desea y puede permitir. Peor aún, como el interés objetivo de la clase reside en la construcción de un régimen socialista –donde la burguesía no tiene lugar- la percepción de esta posibilidad torna a la burguesía bastante reticente a una alianza que permita un fuerte desarrollo político del que pudiera llegar a ser su enterrador.

La primera opción –fuerte apoyo al desarrollo de la clase obrera- en la experiencia histórica conocida, ha sido escasa. La segunda –no fomentar el desarrollo político obrero- ha sido, al parecer, la más frecuente.<sup>7</sup> Aunque se pudiera hablar de una tercera opción: la de una conducta muy fluctuante, que va del apoyo (fuerte o muy vacilante), al rechazo de la alianza posible.

Valga también señalar: las vacilaciones de la burguesía progresista respecto a su eventual alianza con la clase obrera industrial –en el límite su total rechazo- suele provocar una consecuencia nada menor: que esta fracción burguesa termine literalmente “engullida” por el bloque de poder vigente.

En el caso concreto que nos preocupa, podemos constatar: a) la clase obrera de la gran industria en alto porcentaje, está sometida al control, de sindicatos charros. Y no se sabe de ningún proyecto que busque forjar una clase obrera independiente; b) en el llamado “equipo económico” de AMLO, dominan economistas con formación neoclásica y que son creyentes del credo neoliberal. A lo más, con alguna preocupación moral por la extendida pobreza.

Todo parece indicar que el péndulo se empieza a mover en favor de la derecha neoliberal. Pudiera, en todo caso, ser sólo un paso táctico, Como sea, emitir un juicio certero hoy (agosto, 2018), sería aventurado

### **III.- El problema ideológico.**

De seguro, el problema más decisivo radica en la “dictadura mediática” imperante en el país. A nivel de medios como televisión, radio, prensa y similares, se observa un control que es prácticamente absoluto de los medios por parte de las cúpulas dominantes. A través de ellos se desparrama e inyecta en la población, una ideología que no solamente es de ultra-derecha, también es ajena a las más elementales normas de un pensamiento racional y medianamente ilustrado. Por lo mismo, junto con impulsar una gigantesca “falsa conciencia social”, provoca un proceso nada menor de real idiotización del pueblo mexicano. Los grupos progresistas, criticaron con fuerza, allá por los noventas, esta situación. Pero la protesta se ha ido diluyendo y en la actual campaña de AMLO ha desaparecido del todo. Si el nuevo gobierno no ataca este problema, se verá con serios problemas a futuro, especialmente si pretende avanzar en programas de interés popular que afectan a la cúpula del poder.

En un nivel más específico, en el campo de la economía, tenemos que la ideología neoliberal se ha impuesto casi sin contrapesos. Y ha permeado fuertemente al equipo económico de AMLO. Esta postura, conocida en la academia como neoclásica, amén de falaz, es completamente disfuncional al proceso de transformación que se ha esgrimido. De

---

<sup>7</sup> “La burguesía teme más el movimiento de las masas que a la reacción” señalaba Lenin. Ver su “Dos utopías”, en OE en 12 tomos, Tomo III, pág. 447. Edit. Progreso, Moscú, 1976.

aquí dos exigencias básicas; i) criticar a fondo a la ideología neoliberal; ii) recuperar y desarrollar las teorías que, amén de fidedignas, sean útiles (operativas), para cumplir las tareas transformadoras.

En esto se puede advertir fácilmente: apenas se plantea la necesidad de un cambio medianamente profundo, la práctica teórica también debe cambiar: a) apuntar a los temas más relevantes (no a las tonterías de Walras) que giran en torno al desarrollo, la acumulación y la distribución; b) para lo cual, se deben retomar las posturas teóricas más hondas y rigurosas (en la línea de Marx, Ricardo, Feldman, Novojílov, Lange, Kalecki, Domar, Dobb, Sweezy, Hirschman, los clásicos hindúes y de Cepal, los radicales estadounidenses (Weisskopf, Gordon, Bowles et al), los postkeynesianos de hoy, etc.. No para la copia burda sino para su asimilación inteligente. Hay temas y herramientas que se han olvidado, como el manejo del insumo-producto, los modelos de programación, global y por sectores, de corto y mediano plazo, el de la política industrial, etc. Si en verdad se busca avanzar a un nuevo patrón de acumulación, esas y otras herramientas, resultan imprescindibles.

En este campo, valga insistir en una tarea clave: dismantelar la ideología neoliberal que ha penetrado con gran fuerza en el grueso de la sociedad y, muy especialmente a economistas y similares. Por ejemplo, en un país del todo dominado por los grandes monopolios (la mayoría de los cuales son extranjeros), la clase dirigente nos habla de las “bondades de la libre competencia”. Si alguien pone en dudas las “ventajas del libre comercio” para países como Argentina, México y otros, se dirá que es un tipo obsoleto. Pasando algo similar con la llamada “globalización”: que los países periféricos levanten todas las restricciones imaginables al movimiento de mercancías y capitales. En breve, la “globalización” es levantar todas las barreras a los flujos de mercancías y capitales, no a cambio del libre comercio (algo que hoy es imposible pues vivimos en la fase monopólica del capitalismo) sino en favor de los grandes monopolios internacionales. O sea, la “globalización” es la ruta que favorece el dominio de los grandes consorcios multinacionales. Baste preguntar: ¿cómo apoyar el desarrollo industrial del país sin colocar aranceles protectores (¡si hasta Estados Unidos lo hace!)? ¿Cómo evitar el despilfarro de divisas (que en un modelo económico expansivo siempre serán muy escasas), sin fijar aranceles, controles cambiarios o prohibiciones? En breve, impulsar una política de industrialización y desarrollo económico que logre resultados significativos, obliga a romper con toda la panoplia de la ideología neoliberal.

Muy ligado a lo mencionado, hay otro aspecto que conviene resaltar. En el último tiempo, han surgido movimientos populares que han llegado al gobierno (incluso proclamando su afán por avanzar al socialismo) y terminado en un fracaso mayor. En términos generales, estos gobiernos han enfatizado la redistribución progresiva del ingreso y, a la vez, descuidado la inversión productiva y el crecimiento. Estos procesos han desembocado en una inflación desbocada, escasez de abastecimientos y muy serios problemas en el balance de pagos. Al cabo, la economía se descompone y el PIB desciende más y más. Estos fracasos han sido también muy publicitados por la derecha neoliberal. El nuevo gobierno de AMLO-MORENA, sin dudas ha registrado estos fracasos y es bastante obvio que tiene una gran preocupación por no repetir esas trayectorias. Esto es loable, pero el modo de evitarlo es muy criticable: asumir los dogmas neoliberales. ¿Por qué esta

opción? Opera aquí una creencia: los neoliberales aseguran estabilidad económica.<sup>8</sup> A la vez, opera una ignorancia: el nulo conocimiento que se maneja de las teorías críticas.

En esto, el papel de las universidades públicas (UNAM, UAM, etc.) ha sido vergonzoso. En vez de impulsar enfoques críticos (como lo hicieron en otros tiempos), se han venido plegando más y más a la teología neoliberal. En breve, una vez más se cumple aquello de que “quien al poder se entrega, la ética científica abandona.”<sup>9</sup>

Otro aspecto a remarcar apunta a la extendida creencia, especialmente fuerte en los niveles dirigentes, de que los conflictos son algo dañino y reprochable. Este planteo, propio de curas de aldea y de beatas ídem, es muy erróneo: i) trata de suprimir con un simple pase mágico, una realidad objetiva: “la contradicción es universal, absoluta; existe en los procesos de desarrollo de todas las cosas y recorre cada proceso desde el comienzo hasta el fin”<sup>10</sup>; ii) también rechaza que las contradicciones son fuentes de desarrollo, de cambios y progreso. Ya lo apuntaba Hegel: “la contradicción tendría que ser considerada como lo más profundo y lo más esencial. En efecto, frente a ella, la identidad es sólo la determinación de lo simple inmediato, del ser muerto; en cambio, la *contradicción es la raíz de todo movimiento y vitalidad, pues sólo al contener una contradicción en sí, una cosa se mueve, tiene impulso y actividad*”.<sup>11</sup>

En el plano más concreto del cambio social, la postura de visualizar el conflicto como algo dañino, suele conducir a políticas vacilantes y de “compresión amorosa” hacia los grandes enemigos de clase. La resultante, ya fue advertida por el gran Saint-Just, “los que hacen revoluciones a medias, sólo terminan por cavar su propia tumba”.<sup>12</sup>

#### IV.- La dimensión económica.

Pasamos a examinar los desafíos económicos del nuevo gobierno. En términos muy generales, giran en torno a dos ejes: el crecimiento y la distribución. En cuanto al crecimiento, se busca que la economía crezca al 4.0% por año. Por el lado de la distribución no conocemos de cifras precisas, pero todo apunta a que, por lo menos, se busca mejorar

<sup>8</sup> Esta es una creencia muy errónea. En el neoliberalismo y el dominio del capital monopolista financiero, la inestabilidad macroeconómica se eleva. En México, respecto a la fase previa, 1940-1980, las oscilaciones se han triplicado.

<sup>9</sup> La teoría neoclásica, que emerge hacia 1870 (o algo antes) en Europa, ha sufrido críticas desde sus mismos inicios. Ya en Marx se encuentran apuntes muy agudos. Más tarde, en Bujarin y Veblen también encontramos críticas fuertes. A fines de los treinta, emergen las críticas de Keynes. Luego, a partir de la obra de Sraffa, se desarrolla la denominada “controversia sobre el capital”, la que dejó muy mal parados a los fundamentos del enfoque. En el plano empírico, todas las grandes crisis (no sólo ellas) han evidenciado cuán falsos son sus teoremas. En la última gran crisis, de 2007-2009, una vez más se han “falsado” sus teoremas básicos. No obstante, los grandes gurúes (Barro, Lucas, etc.) no se dan por enterados y siguen inmutables. Como bien se ha escrito, “la así llamada ciencia económica es una mezcla de mitos a cuyo lado la antigua visión tolemaica del sistema solar con la tierra en el centro, parece algo positivamente sofisticado.” Este mismo autor apunta: “si dejamos el desarrollo de la economía a los economistas entonces es muy probable que la revolución intelectual que la economía necesita tan desesperadamente no llegue a darse.” Cf. Steve Keen, “La economía desenmascarada”, pág. 25. Capitán Swing edit., Madrid, 2015.

<sup>10</sup> Mao Tsetung, “Sobre la contradicción”, en “Textos escogidos”, pág. 97. Edic. en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1976.

<sup>11</sup> G. F. Hegel, “Ciencia de la lógica”, pág. 386. Edic. Solar-Hachette, Buenos Aires, 1976. El subrayado es nuestro.

<sup>12</sup> Saint-Just, “Oeuvres complètes”, pág. 667. Gallimard, Paris, 2004.

sustancialmente la situación de los grupos en pobreza extrema. Eventualmente, eliminarlos. En cuanto a los salarios, nivel real y participación en el Ingreso Nacional, no parece existir ninguna meta explícita. Por lo menos, no la conocemos. Sí se ha hablado de metas para el aumento del salario mínimo.

Los problemas que emergen giran en torno a: 1) ¿existirá capacidad para cumplir las metas de crecimiento y las de distribución? 2) ¿habrá capacidad (o posibilidad) para compatibilizar ambos propósitos? 3) ¿qué cabe esperar sobre la capacidad del gobierno para invertir? 4) ¿cuál pudiera ser la respuesta de la inversión privada? 5) ¿qué exigencias plantea una política de redistribución del ingreso asentada en la absorción productiva de los segmentos marginales?

En lo que sigue, tratamos de discutir –en modo introductorio– estos aspectos.

### **1.- Inversión y crecimiento.**

Este, es un punto central y, a la vez, bastante problemático. Durante el eventual gobierno de AMLO, parece difícil esperar que la inversión privada se eleve sustancialmente, como % del PIB. Al menos en los primeros años. Luego, a igualdad de otras condiciones, la tasa de crecimiento del PIB se mantendría aproximadamente igual a la histórica neoliberal (2.0-2.5% promedio anual). En consecuencia, si se busca como mínimo duplicar la tasa de crecimiento, debería elevarse drásticamente la inversión pública. Pero esta exigencia puede encontrarse con problemas mayores si: i) la base tributaria no se modifica; ii) se mantiene el dogma del presupuesto equilibrado y del endeudamiento cero; iii) se eleva fuertemente el gasto social redistributivo. Según AMLO, los ajustes que propone en el gasto (básicamente suprimir la corrupción), permitirían elevar la inversión pública en un 62%. Ahora bien, en el 2015, la Inversión Pública tuvo un nivel igual al 3.65% del PIB. Y si se eleva en el 62% propuesto llegaría a un 5.9% si el PIB no crece. Y si éste crece un 4%,<sup>13</sup> la cuota llega al 5.66%. Y si la inversión privada mantiene su nivel absoluto (de hecho, pudiera descender) y el PIB crece un 4.0%, su cuota respecto al PIB caería a un 18.1%. Por lo tanto, la inversión fija total como porcentaje del PIB llegaría a un 23.8% (18.1 + 5.66). La tasa, que el 2015 fue de un 22.5% pasaría a un 23.8%, un aumento que para nada es espectacular.<sup>14</sup> Y si la inversión privada crece junto con el PIB, tendríamos un coeficiente de inversión fija del 24,5% (= 18.9 + 5.66).<sup>15</sup>

Para el caso, se puede suponer que en un primer momento (digamos los dos primeros años), la inversión privada responde poco o nada y no crece como porcentaje del PIB. Pero si el Gobierno, vía una fuerte masa de inversión pública es capaz de generar un alto crecimiento y una demanda boyante, los empresarios privados terminarán por entusiasmarse. En esto hay tres ejes a cuidar: a) elevar drásticamente la inversión pública; b) localizarla en sectores productivos y con capacidad de arrastre; c) en lo posible, en sectores con capacidad exportadora o que generen un fuerte salto (hacia abajo), en el

<sup>13</sup> Podemos suponer que este crecimiento, en un primer momento, se asienta en un mayor aprovechamiento de las capacidades instaladas.

<sup>14</sup> Si suponemos que la Inversión de reposición es igual a un 11% del PIB y que el coeficiente producto a capital fijo incremental es igual a 0.20, obtenemos una tasa de crecimiento del PIB igual a casi un 2.6% anual. O sea, un ritmo que pudiera calificarse como “neoliberal”.

<sup>15</sup> En este caso, bastante optimista, la tasa de crecimiento pudiera llegar al 2.7% anual.

componente importado de la oferta global (o sea, se recupera el tema de la sustitución de importaciones). En breve, al invertir hay que ser también muy cuidadoso con los impactos que se generan en el balance de pagos.

Más adelante veremos que la tasa de crecimiento buscada, del 4.0% anual, es insuficiente. Para elevarla, el esfuerzo de inversión del sector público debe subir, en términos de su magnitud y de su eficacia. Algo que choca con la intención declarada de no elevar la carga tributaria. A la vez, como se pretende subir fuertemente el gasto social y redistributivo, surge el obvio problema: no hay recursos suficientes y puede surgir un problema delicado: ¿recortar la inversión productiva o el gasto que busca redistribuir el ingreso en favor de los más pobres?

De lo indicado podemos deducir que emergen metas contrapuestas y ante ellas es muy probable que la inversión pública no responda a las exigencias del desarrollo. Y si esto no tiene lugar, las metas del crecimiento no se cumplirán. Y ya se sabe que redistribución sin crecimiento productivo equivale, más tarde o más temprano, a hundirse en un pantano mefítico.<sup>16</sup>

## 2.- Política fiscal.

Para el nuevo gobierno, este tema (que ameritaría un análisis cuidadoso y detallado, que aquí no es posible), pudiera ser un verdadero boomerang. En términos muy simples: se pretende aplicar una política ortodoxamente neoliberal para impulsar un patrón de acumulación democrático e industrializador. Indiquemos cuatro puntos que se han anunciado una y otra vez: a) no se modificará la carga tributaria; b) se trabajará con cero endeudamiento; c) también con equilibrio presupuestario: no se gastará más de lo que ingresa; d) el gasto público se desplazará del gasto corriente a la inversión.

No modificar la carga tributaria, que es bajísima, es como creerse cisne y ponerse la sogá al cuello.<sup>17</sup> El no a la deuda es una tontería: si ésta se aplica a inversiones altamente productivas (y no a sufragar el gasto corriente y los subsidios), el gobierno puede pagar el principal y los intereses y, además, se quedaría con un buen sobrante para otras aplicaciones. Supongamos que me endeudo por 100 a una tasa de interés del 6%. Que con este dinero desarrollo una inversión productiva que me rinde 125. (tasa de ganancia de 25%). Pago el préstamo y el interés (= 100 + 6 = 106) y me sobran 19. Algo semejante puede valer para el déficit. Aquí, el problema subyacente es la internalización de los dogmas neoliberales. Para este bando, se supone que: a) el sector privado usa los recursos con más eficiencia que el sector público; b) también supone que la economía está con pleno empleo. Por ende, si aumenta el gasto público debe recortarse el privado; c) la pugna sector público- sector privado por recursos “escasos”, provocará un aumento en la tasa de interés y presiones inflacionarias. Que los principales economistas del nuevo gobierno se manejen con estos criterios y que incluso declaren estar a favor de un Consejo Fiscal autónomo a

<sup>16</sup> El actual caso de Venezuela, es un ejemplo de los problemas que provoca esta disociación.

<sup>17</sup> La situación pudiera ser peor. El nuevo gobierno ha anunciado la creación de una zona económica preferente en la frontera norte. En la cual, habría una reducción impositiva muy fuerte. Según estiman algunos especialistas, la reducción sería equivalente a un 1% o más del PIB:

semejanza del Banco Central es suicida: se le agrega al del Banco otro bunker de ultraderecha.

También se ha indicado que los precios de bienes y servicios del sector público se ajustarán según la tasa de inflación. Lo cual, suscita por lo menos dos observaciones: a) si el ajuste es anual, con una tasa de inflación continua a lo largo del año, el poder adquisitivo del gasto público se irá devaluando más y más a lo largo del año. Si la inflación anual es del 6%, la pérdida de poder adquisitivo del gobierno será igual al 3%; b) la indexación prometida suele retroalimentar a la inflación. Supongamos que la inflación anual al 31 de diciembre es de 6%. En tal momento, se reajustan en un 6% los precios que cobra el gobierno por los bienes y servicios que genera y vende. Al hacerlo, muy probablemente (por no decir que con seguridad) el sector privado ajustará sus precios en ese 6%. Es decir, la inflación se retroalimenta y cuando esto sucede, se suele dar incluso una tendencia al aumento de la tasa.

### **3.- Un alcance sobre el sector externo**

Las políticas de relacionamiento externo que se han seguido en las últimas décadas han sido del todo funcionales al modelo neoliberal. Y sus resultados en términos de crecimiento y distribución son conocidas. Si el país de verdad desea avanzar a un patrón de acumulación diferente, no puede reproducir ese tipo de políticas. Se deben revisar y reajustar las políticas arancelarias, cambiarias, sobre la inversión extranjera, etc. Se trata de usar la política económica para generar una jerarquía de rentabilidades que canalice la inversión en los sectores económicos capaces de generar un crecimiento mayor y congruente con los intereses del pueblo mexicano. Mencionemos una dicotomía clásica: ¿se va a privilegiar a la inversión industrial o a la financiera especulativa?

El caso del TLC es ilustrativo. El futuro gobierno ha declarado su aprobación y deseo que la posible renovación en curso se alcance rápidamente. Con lo cual, de hecho, nos dice que el TLC ha sido beneficioso para el país. ¿Son así las cosas? Si se revisan las cifras de las exportaciones pareciera que sí: han crecido a altos ritmos. Pero también lo han hecho, a velocidad incluso algo mayor, las importaciones. Y hoy, si el país creciera a 4% anual, su sector externo estallararía. O sea, el piso del crecimiento que determina el sector externo se ha

reducido fuertemente: en los viejos tiempos el techo se alcanzaba en torno al 6% de crecimiento del PIB. Se habla de exportaciones industriales, pero los análisis muestran que los procesos productivos involucrados son más bien del tipo maquila: se importa para luego exportar, con un agregado basado en los bajos salarios mexicanos. Pero hay algo más sustantivo: el efecto de arrastre de este nuevo tipo de sector exportador ha sido prácticamente nulo. Y el cuasi estancamiento económico de las últimas décadas de dominio neoliberal, está estrictamente asociado a ese tipo de relacionamiento externo. También conviene señalar: el TLC, en artículos muy poco publicitados, implica restricciones durísimas sobre el manejo de la política económica en México. De hecho, opera un claro afán de “encorsetar” o encementar, al dogma neoliberal.<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> Por ejemplo, políticas que privilegien al capital nacional vis a vis el capital extranjero, están prohibidas.

Si el TLC fuera desahuciado (lo podría hacer incluso Trump), en el corto plazo habría un remezón económico fuerte. Sobremanera, el segmento monopolístico exportador dominante sufriría un daño mayor. Pero no deberíamos confundir a este pequeño segmento con el grueso del país. Así como el auge exportador neoliberal ha ido asociado a la miseria de las mayorías, ahora su debacle tendría pocos efectos realmente sustantivos sobre el resto del país. Y sobremanera, abriría una gran oportunidad, la de redefinir la estrategia de desarrollo imperante.

#### **4.- Ocupación y productividad. -**

Supongamos que el PIB crece al 2.6% anual. Si la productividad crece al 2.0% anual, la ocupación lo haría a casi un 0.6%, Como la PEA viene creciendo en torno al 1,8% anual, tendríamos que se agravaría aún más el problema ocupacional. Si el PIB crece al 4.0% anual y la productividad al 2.0%, el empleo crecería casi al 2.0% anual, levemente por encima del crecimiento de la PEA. Para el caso se debe señalar: i) el crecimiento de la ocupación no sólo debe ser suficiente para absorber a los nuevos entrantes en el mercado de la fuerza de trabajo. También, debe absorber a buena parte de los informales (que llegan a un 56% de la fuerza de trabajo); ii) un crecimiento de la productividad del 2.0% anual es muy bajo para las necesidades del país. Debería subir a un 3.0 % anual.

Lo indicado nos lleva a deducir: la economía mexicana, debería crecer a una tasa mínima del 5.0% anual. Para lo cual se debe elevar el rendimiento de la inversión, digamos de 0.20 a 0.30.<sup>19</sup> A la vez, redoblar el esfuerzo de inversión. Si éste llega a un 27% del PIB (y 16 % como inversión neta), se podría alcanzar una tasa de crecimiento del 5.0% anual. Y como cabe esperar que en un primer momento haya cierta reluctancia a invertir por parte del sector privado, la deducción es muy clara: debe realizarse un muy fuerte aumento de la inversión pública.

La moraleja que se pudiera deducir es clara: el esfuerzo de inversión por parte del sector público deberá ser muy superior al planeado. Y para ello, los recursos que se pueden conseguir evitando robos y despilfarros, y sin alterar la actual carga tributaria, se quedan muy por debajo de lo que se necesita para financiar el esfuerzo de inversión requerido.

#### **5.- Distribución del ingreso y de la riqueza.**

En cuanto a la distribución de la riqueza (activos productivos y financieros), no hay propuesta de cambios. El único posible movimiento pudiera darse si se considera que algunas concesiones petroleras dadas al sector privado, se llegan a considerar ilegales y dolosas.

Por el lado de los ingresos, se anuncia un programa de fuertes apoyos al campo, buscando la “autosuficiencia alimentaria”. Con ello, debería mejorar significativamente el ingreso de los campesinos medios y pequeños, que pudieran girar en torno al 10-12% de la ocupación total.

---

<sup>19</sup> Este supuesto pudiera ser excesivo: pasar de 0,20 a 0.30 es elevar en un 50% el rendimiento de los activos fijos. Y aunque exista hoy una alta capacidad ociosa la meta para nada es sencilla. Y obviamente, mientras menos se pueda elevar el coeficiente producto a capital, mayor deberá ser el esfuerzo de inversión que exige un crecimiento del 5% o más.

En el sector capitalista, el determinante principal de la distribución del ingreso es la tasa de plusvalía.<sup>20</sup> Para el 2018, la podemos suponer –asumiendo una estimación conservadora– igual a 6.0. Por consiguiente, la relación plusvalía a Ingreso Nacional sería igual a  $6/7 = 0.86$ . Estas magnitudes, que son brutalmente elevadas, en términos generales se pueden calificar como disfuncionales al mismo desarrollo del capital. ¿Por qué? Porque tiende a provocar serios problemas por el lado de la realización (venta) del excedente. Para los trabajadores asalariados, la alta tasa de plusvalía suele ir asociada a bajos niveles de vida. Máxime si se trata de países subdesarrollados, en los cuales –por definición– la productividad del trabajo es baja, una alta tasa de plusvalía va asociada a un muy reducido valor de la fuerza de trabajo. Por ejemplo, si la tasa de plusvalía es igual a 6.0, el valor hora de la fuerza de trabajo será igual a 0.143. O sea, igual 8 minutos con 34 segundos. Y lo que el obrero produce en este tiempo (lo que depende del nivel de la productividad), será lo que consume por hora trabajada. En otras palabras, su salario real depende de las horas que trabaja para sí (el valor-hora de la fuerza de trabajo) y de la productividad del trabajo.

Con una tasa de plusvalía igual a 6.0, la parte del Ingreso Nacional captada por los asalariados productivos, llega a un escaso 14%. Si los asalariados “gastan lo que ganan” apenas podrán comprar un 14% del Valor Agregado.<sup>21</sup> Así las cosas, se comprende que el mercado de bienes-salarios resulta deprimido y muy poco atractivo para la inversión de los capitalistas. A lo mencionado se debe agregar: el *nivel absoluto del salario real* asociado al valor de la fuerza de trabajo de 0.143, es también muy bajo. Por lo mismo, el *tamaño absoluto* del mercado de bienes salarios, se ve muy afectado. Y si así son las cosas, tendremos un impacto negativo en los niveles de inversión y de crecimiento. De hecho, durante el período neoliberal mexicano, tenemos un comportamiento de la inversión que amén de ser muy esmirriado (la inversión neta gira en torno a un 14% del excedente) genera un escaso impacto ocupacional. En breve, la capacidad de absorción ocupacional del régimen es muy baja y, por lo mismo, se ha ido generando una población de marginados y pauperizados, que ya se acerca a la mitad o más de población.

Lo indicado nos permite avanzar al segundo gran factor que incide en la muy desigual distribución del ingreso. Se trata de la *marginalidad*, un vasto sector donde impera el *trabajo informal*, el que ya se acerca al 60% de la población ocupada total. En este sector, unos  $\frac{3}{4}$  de los ocupados no trabajan en empresas capitalistas y sus ingresos tienden a girar en torno a un salario mínimo. La parte restante opera en empresas capitalistas, en condiciones precarias e inciertas.

Sentado lo anterior nos preguntamos: ¿cómo lograr una mejoría sustancial en la distribución del ingreso?

Primero, debe lograrse una reducción sustancial del actual nivel de la tasa de plusvalía. Y esto, por la vía de un fuerte incremento en los salarios reales. Se podría pensar,

---

<sup>20</sup> La tasa de plusvalía (p), se define como igual al cociente entre la plusvalía total que genera el sistema en un año (P), dividida por el capital variable gastado por los capitalistas (V). O sea,  $p = P/V$ . Por capital variable se entiende el gasto de los capitalistas en la compra de fuerza de trabajo productiva. La relación plusvalía a Ingreso Nacional (YN), se suele definir como “potencial de reproducción ampliada” (pra) del sistema. En que se tiene que  $pra = p / (1 + p)$

<sup>21</sup> Estamos hablando de trabajadores productivos. También hay una vasta gama de improductivos, los que tienden a obtener una masa salarial semejante o algo mayor a la de los asalariados productivos.

por ejemplo, en un nuevo nivel, del orden de 4.0 o menos, para finales del sexenio. El tema no es sencillo y lo discutimos más adelante.

Segundo, se debe atacar con gran fuerza la marginalidad. Para ello, se debe impulsar un muy fuerte esfuerzo de inversión. Y debemos insistir: los programas de asistencia (o “limosna estatal”) no resuelven el problema estructural. Pero lograr el nivel de inversión requerido no será fácil.

Pasemos a discutir el primer punto: reducir la tasa de plusvalía y elevar el salario real.

La mayor parte de los trabajadores asalariados (la clase obrera) se ubica en el tramo de 2-3 salarios mínimos. Supondremos que sus salarios se moverán en el mismo sentido que el salario mínimo. Si éste sube en equis por ciento, el salario obrero crecerá en la misma proporción. De acuerdo a informes de prensa, el nuevo gobierno busca que el salario mínimo se eleve en un 15.6% por año, en términos reales. A tal ritmo, en todo el sexenio subiría un 138.6%. En términos de índice pasaría de 100.0 a 238.6; o sea, se multiplicaría por 2.39 veces. En este caso, ¿qué sucedería con la tasa de plusvalía? A igualdad de otras condiciones, bajaría desde el 6.0 inicial hasta 1.94, un descenso fortísimo y que el sistema no soportaría. Las otras condiciones son la jornada de trabajo y la productividad. Suponemos que la jornada no se mueve y que la productividad crece al 2.0% anual. Por lo tanto, se elevaría un 12.6% en el sexenio. En este caso, la nueva tasa de plusvalía se iría al 2.312.

Supongamos ahora una tercera posibilidad. En ésta, suponemos que el salario mínimo real se duplica en el sexenio, creciendo al 12.2% anual. Manteniendo las metas de productividad, tendríamos que la tasa de plusvalía llegaría a 2.94 al final del sexenio.

Avancemos a una cuarta alternativa. Suponemos ahora que se propone como meta una tasa de plusvalía igual a 4.0. Si la jornada de trabajo no se mueve y la productividad crece al 2.0% promedio anual, tendríamos que el salario real anual debería crecer al 7.88% anual. Lo que implica una elevación del 57.6% en el sexenio.

Dicho lo anterior, no olvidemos que es la tasa de ganancia (más concretamente, la tasa de beneficio empresarial) la que regula la conducta de los capitalistas. Y la tasa de plusvalía, aunque muy importante, no es el único factor que determina el nivel de la tasa de ganancia. También inciden: a) la composición de valor del capital: cociente entre el capital constante y el capital variable avanzados; b) el nivel de la demanda global, reflejado en la tasa de operación: cociente entre la producción efectiva y la producción potencial; c) el coeficiente de gastos improductivos; d) la tasa tributaria; e) el efecto de apalancamiento, que refleja el impacto de las variables financieras: niveles de endeudamiento y de la tasa de interés; f) el grado de monopolio, entendido como cociente entre la tasa de ganancia efectiva de la empresa (o rama) y la tasa media; g) etc. Muy probablemente, estos factores – si se cumplen requisitos mínimos- pudieran reducir no poco el impacto negativo de la menor tasa de plusvalía en la rentabilidad del capital.<sup>22</sup> A la vez, no se debe olvidar: la función que conecta rentabilidad con niveles de inversión, bajo determinadas circunstancias

---

<sup>22</sup> Un examen analítico y detallado de las variables en juego, lo hacemos en: a) J. Valenzuela Feijoo, “Ensayos de Economía marxista”, capítulos VI y VII, UAM-I, México, 2006; b) J. Valenzuela Feijoo, “La gran crisis del capital”; UAM, México, 2009 (2ª edición).

históricas, se puede desplazar. Esto, en el sentido de que, para la misma tasa de rentabilidad, el monto de la inversión sea más elevado. En términos muy generales, la idea gruesa a manejar sería: la mayor dinámica de los mercados y ventas, puede contrarrestar el impacto de la menor tasa de plusvalía.

Lo recién indicado supone que la mayor demanda provocada por el incremento salarial es satisfecha con producción interna. Pero sí se mantienen los actuales patrones del comercio exterior, el altísimo componente importado de la oferta global echa abajo tal supuesto.<sup>23</sup> Por lo mismo, el crecimiento salarial se reflejaría en un salto en las importaciones y un creciente déficit en el balance de pagos. Ante ello, nos hay más que “dos sopas”: a) aplicar una política recesiva: bajar el Ingreso Nacional hasta lograr el equilibrio del balance de pagos; b) proceder a un fuerte y rápido proceso de control (aranceles, etc.) y de sustitución de importaciones, lo que obligaría a romper de cuajo con los dogmas neoliberales.

Hay otro aspecto crucial. Suponemos que se aplica la política de aumentos salariales significativos y que, más allá de algunos factores contra-restantes, tiene lugar un aumento en los costos capitalistas de producción. En un régimen de libre competencia, la resultante general sería un aumento de los salarios, menores ganancias y un nivel de precios relativamente estable. Pero en la economía mexicana lo que domina son las estructuras oligopólicas y, por consiguiente, los mayores costos salariales se trasladan a los precios. Por ende, se desatarían presiones inflacionarias que pudieran ser significativas. Esto, a su vez, desata fuertes presiones sobre el tipo de cambio y el balance de pagos. ¿Se puede evitar este tipo de consecuencias? En lo grueso, pareciera que se podría si el gobierno aplica un estricto control de precios. Con lo cual, el conflicto gobierno-grandes corporaciones, se tornaría agudo.<sup>24</sup>

Examinemos ahora el problema de la marginalidad e informalidad.

Hasta ahora, se ha aplicado una política asistencialista, a veces calificada como de “limosna estatal”. Esta puede ayudar –al menos momentáneamente- a los grupos de extrema pobreza (la antigua “sopa de los conventos” también lo hacía), pero como no apunta a las causas, no puede resolver el problema básico. La clave radica en la dinamización del empleo productivo, al punto que sea capaz de absorber al ejército de marginales. Por la magnitud del problema, esto no se puede resolver del todo en pocos años. Pero sí se debe esperar una reducción significativa.

La clave, valga insistir, consiste en generar un fuerte aumento de ocupaciones productivas y bien pagadas. Lo cual, implica un fuerte crecimiento de las ramas pertinentes (de la industria en especial) y de la inversión capaz de asegurar ese crecimiento.

---

<sup>23</sup> El nuevo gobierno ha hablado de lograr la autosuficiencia alimentaria, lo que apunta en la dirección correcta.

<sup>24</sup> Un gobierno de trabajadores seguiría otra ruta:  
 “Considerando que jamás lograréis  
 darnos buenos salarios  
 nos haremos cargos de las fábricas.  
 Sin vosotros, todo irá mejor para nosotros.”

Podemos manejar algunos números gruesos para mejor dimensionar la magnitud del problema. Si el PIB crece al 4.0% anual (meta del gobierno) y la productividad al 2.0% anual, la ocupación crecería casi al 2.0% anual, Una cifra que alcanzaría para incorporar a la nueva población que va entrando al mercado (jóvenes) pero no sería capaz de absorber a los marginales. Y ya hemos indicado que un aumento del 2.0% en la productividad sería insuficiente. Si se va al 3.0%, el problema de los marginales se mantiene y se agrava. Si la productividad sube al 2.5% y en el límite al 2.0%, la ocupación total subiría entre un 2.5%-3.0%. Lo cual, podría empezar a reducir (en términos porcentuales por lo menos) el peso de la marginalidad. Sin que hubiera ningún avance espectacular.

En términos muy gruesos, el problema de los marginales se empezaría a reducir a partir de un crecimiento de la ocupación total del orden del 2.5%. En este entorno, lo haría con lentitud. Para una reducción significativa, la ocupación formal y productiva exigiría un crecimiento del orden del 3.0% o más. Adviértase también: estas metas, unidas a las de productividad, nos indican que las exigencias de crecimiento se elevan (se pudieran acercar al 6.0%) y, por consiguiente, el esfuerzo de inversión (inversión sobre PIB) también se debe elevar.<sup>25</sup>

En este punto surge un dilema conocido: el esfuerzo de inversión requerido entra a competir con las políticas redistributivas que ponen el énfasis en los subsidios (vg. pasajes del metro o de la luz, muy bajos) y en los programas de asistencia social a los más pobres, a los ancianos, etc. Podría hablarse de un dilema entre la vía productivista y la vía de los subsidios y el gasto social. A mediano y largo plazo, sólo la inversión productiva y el crecimiento en ella asentado, puede resolver realmente el problema de la distribución regresiva del ingreso y la riqueza. Pero si esto va a ser así, se necesita un aumento de la inversión (acercarla a un 27-30% del PIB) y de los ritmos de crecimiento (acercarlos a un 6%), muy por encima de lo que hasta ahora se han enunciado. Y para ello, también se necesita romper de cuajo con la ideología neoliberal.

#### **IV.- Descomposición social y moral.**

##### **1.- El problema mayor. Breve mención.<sup>26</sup>**

En el México de hoy existe un problema central, en el cual confluyen y se  *sintetizan*  todas las deformaciones y miserias que engendra el estilo neoliberal. Hablamos del proceso de descomposición social y moral que se viene expandiendo en el país. Este proceso, a menos que México opte por el suicidio colectivo, debe ser superado con cargo a la emergencia de un nuevo orden social y moral. Este, debe satisfacer como mínimo tres requisitos básicos: a) poseer  *eficacia* . O sea, ser capaz de eliminar las causas de la desintegración de lo viejo y, al mismo tiempo, generar un nuevo orden socio-económico y político que genere mayores ritmos de crecimiento, menos desigualdad y menor grado de

<sup>25</sup> En tiempos de la industrialización sustitutiva, esta tasa de crecimiento fue lo normal.

<sup>26</sup> Este es un problema mayor y muy complejo. Necesita de un análisis separado y extenso. Aquí, nos limitamos a mencionarlo, para llamar la atención sobre su significación. Primeras aproximaciones al tema en José Valenzuela Feijóo, “¿De la crisis neoliberal al nacionalismo fascistoide?”, Tercera Parte; UAM-CEDA, 2º Edición, 207.

dependencia; b) que sea capaz de *generar entusiasmo y compromiso emocional* en el grueso de la población; c) que, en caso de necesidad, no se vacile en *aplicar la fuerza* para impulsar y consolidar al nuevo orden social.

## **2.- Políticas con el narco.**

De seguro, es uno de los problemas más complejos. El narco mexicano obtiene ingresos siderales y ha penetrado profundamente a las organizaciones políticas y estatales. También al empresariado. ¿Cómo afrontar el problema? En lo más grueso, pareciera que se pretende: a) reducir drásticamente la rentabilidad del negocio por las vías de no prohibir el consumo y producción de marihuana (dentro de ciertos límites), y también por la vía de atacar de verdad a los canales financieros (banca, etc.) que se usan para lavar el dinero mal habido; b) lograr un alto crecimiento de ocupaciones productivas y bien pagadas y, por esta vía, reducir el atractivo del narco como fuente ocupacional; c) con un propósito similar, generar una buena oferta de trabajo (subsidiar al sector privado que los contrate como aprendices) y de educación (becas) para los jóvenes.

Tales políticas operan para plazos medios y largos. A la corta, probablemente se buscará algo así como una tregua delimitada: “no te metas en estos lugares ni armes balaceras asesinas”. A cambio, por ahora, también regulo la opresión que te puedo aplicar. Algo que parece haberse dado en otros tiempos (años noventa o antes del siglo pasado) con buenos resultados. Si el nuevo gobierno, en sus dos primeros años, logra reducir drásticamente las muertes y la violencia, habrá obtenido un triunfo enorme.